

LA IMPRENTA

1807 — 1838

I

¿Quién pensaba en imprenta, en los primitivos tiempos de la naciente de San Felipe y Santiago, donde ni de nombre la conocerían tantos y tantos de sus buenos moradores?

¡Bah! de eso no había que hablar, como artículo desconocido e innecesario, que pasaron sin él por luengos años.

Para alguna cartilla o *almanaque*, bastaba y sobraba con la *fábrica* de los niños expósitos de la capital del virreinato, de que se surtirían los padres de la compañía, para enseñar el *cristo* a uno que otro muchacho, lo mismo que sus sucesores los franciscanos.

Lo cierto es que hasta el año 1807 los tipos de imprenta no se vieron por esta comarca, ni para *fabricar* cartillas y novenas, y mucho menos *gacetas*.

Cuadró la casualidad, o la cola del diablo, que ese año trajeron una imprentita los ingleses, que no se dormían en las pajas, luego que echaron anclas en la plaza a sangre y fuego los de la expedición del caballeresco sir Auchmuty, con cuyo permiso la establecieron el 9 de mayo.

Según la tradición del tiempo, se componía de unas cuantas cajas de vara y media, con grandes y hondos cajetines, con tipos viejos (vulgo *clavos* entre los del oficio), y una prensa de palo. Su primer alumbramiento fue un periodiquín titulado *The Southern Star*, o *La Estrella del Sur*, vertido al castellano. Y como todo el que no fuera inglés se quedaría en ayunas del contenido, no se turbaron en publicarlo en dos idiomas: inglés y español. Un mister Brandford redactaba la parte en inglés, y unos tales Manuel A. Padilla y Francisco A. Cabello, desempeñaban la parte en castellano. El 23 de mayo de 1807 fue el del alumbramiento, pero el chico tuvo poca vida, porque espichó el 4 de junio del mismo año.

Resulta que los primeros tipos traídos a Montevideo, y la primera publicación periódica hecha en San Felipe y Santiago fue obra de hijos de la Gran Bretaña.

Con la evacuación de la plaza por los anglicanos en setiembre del mismo año, se eclipsó la imprenta y el impresor, levantando campamento para otra región, y adiós imprenta. Desapareció de Montevideo, dejándonos a la luna de Valencia.

Y así estuvo por tres años justos, sin haber vuelto a ver imprenta. Gracias a una mujer —¡y digan que las mujeres no tienen a veces más discurso que los hombres!— la infanta Carlota de Borbón, que no se chupaba el dedo, tuvo imprenta Montevideo, mala o buena, para *in sécula seculorum*.

Cómo se realizó el milagro, vamos a verlo:

La princesa Carlota, después de la revolución de mayo del año 10, aspiraba al dominio de estas colonias, en ausencia de su hermano Fernando,

a quien Napoleón había embromado. Le hacían escozor los papeles públicos de Buenos Aires con su propaganda de emancipación política, y para neutralizar el efecto, se propuso mandar a Elío o al Cabildo realista de Montevideo, una imprenta, para que se hiciese fuego a los papeles de los *insurgentes*.

Por medio del conde Linares, y diligencias de Presas, consiguió de la imprenta Real de Río Janeiro una prensa y seis cajones de tipos, que Presas hizo embarcar como a hurtadillas, enderezándolos al Cabildo de Montevideo, burlando a lord Strangford, embajador inglés, que se oponía al envío de la cosa a Montevideo.

En los últimos días de setiembre del mismo año, llega la tal imprenta bien acondicionada a la muy fiel y reconquistadora de San Felipe y Santiago, que no costó poco trabajo el desembarco en la *rampla* de antigua data, que hacía el servicio de muelle.

Inmediatamente se reunió el Cabildo para deliberar sobre el uso de la imprenta recibida. Lo que acordaron cuéntalo el acta siguiente:

“En la muy fiel y reconquistadora de San Felipe y Santiago de Montevideo, a 24 de setiembre de 1810: El Cabildo, Justicia y Regimiento de ella, reunido en nuestra Sala Capitular, etc. — En este estado hizo presente al Ayuntamiento el señor don Cristóbal Salvañach como Presidente y Gobernador interino, que había llegado la imprenta que la generosidad de nuestra Infanta la Serenísima Princesa del Brasil, doña Carlota Joaquina, había proporcionado a esta fidelísima ciudad, con el loable objeto de fijar la verdadera opinión de los pueblos de este continente, publicando las

noticias de nuestra Península, y su verdadero estado político, que había tentado desfigurar la Junta revolucionaria de Buenos Aires, para prevenir los ánimos a la ejecución de sus proyectos de independencia, y que a efecto de conseguir unos fines tan importantes a la causa del Rey y del Estado, y a los verdaderos intereses de la América Meridional, deseaba oír el dictamen del Ayuntamiento, sobre el uso que debía hacerse de la imprenta. Y examinado el negocio con circunspección, se acordó por unanimidad de votos, presente don Nicolás Herrera como asesor consultor del Cabildo, que sin pérdida de instantes se pudiese la prensa en ejercicio para publicar las noticias importantes en un periódico semanal; que las Gazetas se venderían a un moderado precio para proporcionar su lectura a todas las clases del pueblo; que el producto de la imprenta, reducidos los gastos necesarios a su conservación, se invirtiese en obras pías, o en objetos de pública utilidad, sobre lo que se acordaría oportunamente, con presencia de las circunstancias; que la dirección de la imprenta y recaudación de sus productos se encargase a uno de los señores regidores, en cuyo acto recayó la elección en el señor don Juan Bautista Aramburu, regidor fiel ejecutor, quien la aceptó inmediatamente por obsequio al mejor servicio del Rey y de la patria; que el Cabildo cuidaría de nombrar de acuerdo con el Gobierno, un editor del periódico en quien concudiesen las circunstancias de ilustración, crédito, probidad y aptitud para el desempeño de tan delicada comisión; y finalmente, que se enviase al Supremo Gobierno de la nación un ejemplar de todos los papeles que se publicuen, dando cuenta

de este acuerdo con copia autorizada de esta acta para que recaigan las resoluciones que sean del soberano agrado de S. M., con la que quedó cerrada la sesión, que firmamos para que conste. — *Cristóbal de Salvañach.* — *Pedro Vidal.* — *Jaime Illa.* — *José Manuel de Ortega.* — *Juan Bautista de Aramburu.* — *Damián de la Peña.* — *León Pérez.* — *Félix Mas de Ayala.* — *Juan Vidal y Benavidez.* — *Mateo Gallego*”.

Se armó la imprenta en una pieza baja del Cabildo. El tipógrafo fue José Varela, un buen español, mandado expresamente del Janeiro para manejar los tipos, y el cual logró contar el cuento aquí, siempre en los tipos, hasta el año sesenta y tantos. Las cajas eran grandotas y de cajetines tamaños. La prensa, grande, de madera, con una bola de fierro atrás, y las balas tradicionales con su mango de palo, rellenas de lanas y forradas con piel de carnero, para la operación de dar tinta a la *forma*.

Era todo lo que había en aquel tiempo, y lo que hubo hasta el año treinta y tantos, en que no se conocía la prensa de fierro, ni el cilindro ni la potasa para el lavado de la forma, sino el jabón negro.

Pronta la maquinaria, salió a luz el prospecto de *La Gazeta* el 8 de octubre, en medio pliego del amarillento papel común de la época, haciendo su salva, como era de cajón, a la Infanta, con estos piropos:

“La serenísima señora nuestra Infanta doña Carlota Joaquina, interesada en la conservación de los dominios de su augusto hermano y en las glorias de este pueblo, ha tenido la generosidad de proporcionarnos una imprenta para que se haga pública su conducta fiel y generosa. En este

papel se comunicarán las noticias de España y del Reino, reales órdenes, edictos, proclamas, algunos discursos políticos y cuanto pueda interesar a los verdaderos patriotas”.

Decía al pie: “*En la Real Imprenta de Montevideo*”.

El 13 de octubre fue el alumbramiento de la *Gazeta*. El parto, un tantico laborioso, porque la maquinaria tuvo sus tropiezos, y eso que lo presenciaron los cabildantes, aunque en la vida las hubiesen visto más gordas.

Salió a luz el primer número en un plieguito de papel amarillento, llevando al frente las armas de Montevideo trabajadas en madera. Cada ejemplar valía dos reales. No hubo cohetes, ni cornetas, ni destapamiento de botellas, que no se estilaba. Sin embargo, si en ese tiempo, en vez del Café del Comercio, al norte de la plaza, a la antigua usanza, hubiera existido el del Ruso, de fijo que alterando la costumbre les manda a los cabildantes e *imprenteros*, chocolate con tostadas y un cajón de oporto para celebrar la fiesta. Porque al fin y al cabo, la *Gazeta* era una novedad para los de San Felipe y Santiago, que aunque pudieran decir: “vale más tarde que nunca”, les sacaban la oreja a los de Santiago de Chile, más viejos, pero que no la olieron hasta el año 12, con la *Aurora*, del célebre padre *Henríquez*, bien que fue obra, no del *realismo*, sino de los independentes.

Como quiera que fuese, Montevideo tenía imprenta para fabricar sus cartillas y dar su *Gazeta*, aunque los lectores fueran pocos, y todos del sexo barbudo, que el mujeril no entendía de gacetas, sino de sus novenas.

Al principio fue director de la imprenta el Licenciado don Nicolás Herrera, hombre de campanillas que ya había regresado de su comisión a la Península, donde dejó bien sentada la capacidad de los *criollos*, y redactó los dos primeros números de la *Gazeta*, que no continuó *por falta de salud*, aunque estaba fresco como una lechuga. Fue sustituido por el abogado de los Reales Consejos de la Audiencia de Lima, don Mateo de la Portilla y Cuadra, que editó la *Gazeta* hasta agosto del año 11. Le sucedió desde entonces el célebre Fray Cirilo de la Almeda y Brea, doctor en Teología, que escapando de la persecución de los franceses en la Península, había venido a refugiarse en Montevideo. No tenía pelo de zongo, sino de diablo, y metiéndose bajo el ala de Vigodet, a manera de los parásitos que hacen su agosto adulando a los que tienen la sartén por el mango, se hizo gacetero, sacando siempre mendrugo; y como era de genio inquieto, ambicioso e intrigante, según lo describía Presas en las *Memorias secretas de la Princesa del Brasil*, hizo roncha hasta el año 14, en que capitulando Vigodet con Alvear, le dio escape en el queche *Hiena*, yendo a dar a España, donde fue un figurón, grande de España, General de la Orden de San Francisco y tantas cosas más, y donde falleció a la edad de 90 años.

Y se acabó la *Gazeta* de Fray Cirilo, pero quedó la imprenta, y con ella la prensa fundadora, conocida por los tipógrafos por la *Carlota*, que fue a parar después de muchas peregrinaciones a la imprenta de la Caridad, allá por el año 39 ó 40.

II

La Carlota, con los viejos tipos del año 10 tuvo su historia, que no es para referirse por lo larga, y con los agregados de sus congéneres, en cuatro palotadas; pero a cuenta de lo que dejamos en el tintero para algún día, si la carreta no nos aprieta, allá van unos ligerísimos apuntes:

Aduenados de ella los patriotas vencedores del año 14, lo primero que hizo Alvear, fue ponerla en servicio, publicándose un periódico con el bonito título de *El Sol de las Provincias Unidas*, redactado por su secretario don Antonio Díaz, colaborando el doctor Moreno.

Evacuada la plaza por las tropas de Buenos Aires en febrero del año 15, allá se fue la imprenta, con otras cosas, a respirar otros aires, dejándonos el cuento.

Artigas reclama la devolución, y vuelve la pobrecita con su *Carlota* a sus antiguos lares. Quiere Artigas que se utilice haciendo cartillas para los muchachos y publicando un periódico. Apareció el prospecto de *El Periódico Oriental*, escrito por don Francisco Araúcho; pero en prospecto se quedó por falta de redactores para el periódico. Se allanó esa dificultad y se dieron a luz uno o dos números, no pudiendo continuarse por no hallarse persona capaz que quisiese encargarse de la publicación. Pobre como era de elementos, se hacían algunos trabajitos, como formularios, cartillas, versos, y, por fin el discurso inaugural de la Biblioteca, por Larrañaga que consta de algunas páginas.

III

Evacuada la plaza por el delegado Barreiro y las fuerzas orientales de su guarnición entraron los lusitanos el año 17, y la imprenta quedó sin uso en los primeros meses arrinconada en el Fuerte.

En ese tiempo, los hermanos Ayllones fundieron unos cuantos tipos de un centímetro de altura, por encargo de don Joaquín Sagra, destinados para la impresión de las papeletas del Hospital de Caridad, que se hacía a mano. Esos fueron los primeros tipos fundidos en San Felipe y Santiago. ⁽¹⁾

Después funcionó la imprenta histórica en el Fuerte, haciendo algunos trabajos para el gobierno de la plaza, hasta que en agosto del año 18 dispuso el Gobernador Pintos de Araújo su traslación al Cabildo.

Por ese tiempo cayó por estas alturas el infortunado general chileno José Miguel Carrera, con una imprenta de tapado, traída de Estados Unidos, que llevó a Buenos Aires, donde fue secuestrada por el gobierno de Pueyrredón, viniéndose Carrera a Montevideo.

Un joven chileno tipógrafo, Diego Benavente, logró allí sustraer del depósito unos cajones de tipos, y se los remitió a Carrera aquí, conjuntamente con una pequeña prensa de otro chileno, Gandarillas, que había servido para estampar naipes; y como a falta de pan buenas son tortas,

⁽¹⁾ Los conservamos para memoria con la cajita que había de componedor y prensa, debido a obsequio del doctor Odicini, hijo político del señor don Joaquín Sagra.

Carrera se dio maña para hacerla servir con sus pocos tipos a su propósito, que era la publicación de un periódico para fustigar a sus enemigos de Chile y de Buenos Aires. Poco después consiguió la prensa secuestrada en Buenos Aires y el resto de los tipos, reuniéndosele Benavente, Gandarillas y Vidal, chilenos, y el hombre estuvo en aptitud de montar bien su imprenta, y hacer fuego de tapado a sus contrarios.

Decimos de tapado, porque las publicaciones hechas por ella con el título de *Gaceta de un Pueblo del Río de la Plata*, y de *El Hurón*, no expresaban fecha ni lugar, llevando al pie *Imprenta Federal*, y apareciendo supuestamente como editores un William Griswold y John Sharp. Hacían de tipógrafos, prensistas y repartidores, los mismos Carrera, Gandarillas, Benavente, Nolasco, Vidal y Alvear, para que no se supiese quienes tocaban los títeres, y se creyera que la cosa se fabricaba en Norte América, con el fin de evitar que Pueyrredón reclamase a Lecor por esas publicaciones, a que hacía la vista gorda el Barón de la Laguna, que era el primerito en recibir el periódico.

Lo más curioso fue, que se había asociado a Carrera el general Alvear, que con su ex-ministro Herrera había venido del Janeiro, tomando activa parte en las publicaciones y en los trabajos reservados de la imprenta. ¿Y quién les dice a ustedes, que el futuro vencedor de Ituzaingó servía de *batidor*, muy arremangado, dándole a las balas a las mil maravillas, como el mejor *imprentero*, sin hacer caso de las ampollas que le producían en las manos el manejo de las tales balas, por aquello “del que no está hecho a bragas, las costuras le hacen llagas”? ¡A lo que obliga a veces la necesidad, o el diablo de la política a los hombres!

Pero, vaya, que si no fuera más que convertirse todo un general y mandatario de la víspera en *batidor* de la imprenta, y andar a las vueltas con la tinta del cuñete, la paleta, el aceite, las ampolas y los callos con tanto batir y dar tinta a la forma, no sería de lo peor. Otras cosas se han visto por estas tierras más peliagudas, divertidas o ejemplares.

Carrera concluyó por levantar campamento el año 19 ó 20, y llevarse parte de la imprenta al Paraná, vendiendo el resto aquí al general Lecor.

IV

Con los tipos comprados a Carrera se dio un periodiquín redactado por un arribeño Pérez, cuyo objeto era servir los intereses del gobierno portugués en este país; por de contado, a tanto la línea, como los traficantes de todos los tiempos. Acabó poco menos que a capazos con un jefe portugués que no aguantaba pulgas, y la imprenta la adquirieron los Ayllones y compañía. Sobre su tumba, apareció el 21 *El Pacífico Oriental*, que era de otra estofa.

Hasta entonces hacían su oficio los tipos en darnos cartillas, catecismo de Astete, catones, tablas y novenas; pero en ese año, suministraron los primeros tableros de lectura en pliego, para la *Escuela de la Sociedad Lancasteriana*, en cuya impresión metieron su cuchara, con nobilísimo interés, nuestro buen preceptor Catalá y Codina, y su digno amigo Besnes e Irigoyen.

Ocurrióles entonces a los buenos *Hermanos de Caridad*, hacerse de imprenta para la impresión de los números de lotería. La compraron, y la

pusieron en juego puramente para trabajos de la Santa Casa, y el 13 de diciembre del año 22, presenciaba con legítimo regocijo su Junta Directiva, la impresión del primer ejemplar que salía de su prensa. Y fue adelante. Y en ella se formaron porción de tipógrafos orientales, de los que sobrevive el veterano Pedro Sagra.

En ese año vino a aumentar el número de las imprentas, la de Torres, traída de Buenos Aires; con él vinieron los tipógrafos José María Canales y Lázaro Almada (a) el sordo, que trajo nada menos que un *componedor de plata* para su exclusivo uso.

Empezaron entonces a menudear los periódicos, con motivo de la división surgida entre lusitanos e imperiales, que aprovechó el Cabildo y la *Sociedad de Caballeros*, para trabajar en el sentido de la libertad de la Provincia con el apoyo de don Alvaro da Costa, jefe de los lusitanos.

Lo que faltaba el año 15, abundó el 22 y 23, en periodistas.

Aparecieron en el estadio de la prensa *La Aurora*, *El Pampero*, *El Aguacero*, *El Expositor Cisplatino*, *El Patriota*, *Amigos del Pueblo*, *El Ciudadano*, *El Trueno*, *El Febo Argentino*, *Lo que quiera cada cual*, y hasta *Doña María Retazos* y *Los Mocitos de Tienda*, y el célebre *Capitán Araña*.

Verdadera fiebre periodística, que tenía por objeto formar la opinión pública en favor de la emancipación política de la Provincia *Cisplatina*. Héroes de esa campaña de la prensa libre fueron Antonio Díaz, Juan Giró, Santiago Vázquez, Solano Antuña, José Catalá y Codina, y algunos otros de letra menuda.

Ante tanto fuego, los imperialistas, que con el síndico tenían su cuartel general en San José, tuvieron necesidad de armar también su imprentilla

en aquellas alturas, para medio contestarlo y largar sus boletines. La mandaron traer de Buenos Aires, y con ella vino Ascasubi, a quien el destino había reservado la segunda edición de Alvear, de *batir* las balas de imprenta.

Ganaron la parada los de afuera, entraron a la plaza, y cada uno metió violín en bolsa. Se acabaron los Pamperos, Aguaceros y Truenos, y vinieron otros frailes.

Remesa de tipos de Buenos Aires. Arzac le puso los puntos desde allí a San Felipe y Santiago, y se descolgó con imprenta el año 24, con su contingente de operarios. En esa camada vinieron Saturnino Páramo, Juan Carrero y Saturnino Palacios. Armó la fábrica en la calle de San Luis y salieron a hacer coro sucesivamente por ésta y otra imprenta *La Gaceta de Montevideo*, *El Publicista*, *El Semanario Mercantil*, *El Compilador Brasileiro*, *La Balanza* y *El Observador Mercantil* hasta el año 28 en que los hermanos Ayllones (que eran hábiles) construyeron una prensa para dotar otra imprentita de don Nicolás Botana. El arte de Gutenberg fue un incentivo, alistándose en sus filas Manuel Vigil, Elías Pereira, Román Uranga y Benito Núñez, guapos mozos orientales que manejaron el componedor, y el último, aquellas soberanas balas de dar tinta.

No era sólo dentro de los muros de la vieja ciudad donde la imprenta antigua tenía su puesto de trabajo. También la tuvieron en campaña los patriotas del año 25, traída de Buenos Aires por don José Lapuente el año 26, funcionando ora en el Durazno, ora en San José y ora en Canelones. La serie de decretos, proclamas, boletines, versadas y periódicos que salieron de ella, y en que no pocos callos honraron las manos de Fran-

MONTEVIDEO ANTIGUO

cisco Parejas dándole al componedor, y a Rosete (padre) a las *balas*, sería largo de contar. Nos contentaremos con decir, que fueron muchos, y que se hilaba tan fino y tan económicamente en la administración de la imprenta, que el administrador daba cuenta mensualmente al ministro, no sólo de los escasos proventos de algún trabajito particular, y del no menos escaso presupuesto de gastos, sino de los pliegos de papel que se empleaban, y del sobrante de cada resma. ¡Así hilaban los hombres de aquel tiempo!

Y para que el diablo no lo atribuya a mentira, y como para muestra basta un bastón, aquí va el primero que tenemos a la mano. Papelito canta:

IMPRESA DE LA PROVINCIA

Razón de las impresiones hechas en el presente mes

Día	7	250	Ejemplares	Gaceta núm. 12		
"	12	200	"	Reglamento para Jueces de Paz en medio pliego	100	
"	12	400	"	Boletines, parte del General Brown, en medio pliego	200	
"	13	250	"	Gaceta núm. 13		
"	16	250	"	Gaceta núm. 14		
"	18	80	"	Esquelas de convite en cuartilla	20	8
"	18	250	"	Gaceta núm. 15		
"	20	204	"	Formularios para los Jueces de Paz en un pliego	204	
"	21	1000	"	Licencias para la Provincia en medio pliego	500	
"	21	54	"	Edicto del señor Zufriategui en medio pliego ..	27	
"	23	250	"	Gaceta núm. 16		
"	27	104	"	Impreso del Sr. Uriarte en un pliego	104	20
					1155	28

ISIDORO DE MARIA

Suma mil ciento cincuenta y cinco pliegos de papel, que hacen dos resmas, cincuenta y un cuadernillos.

Papel sobrante del mes pasado dos resmas y doce cuadernillos	2	12
Recibido en este mes una resma	1	

Suma tres resmas doce cuadernillos	3	12
--	---	----

Papel invertido en las impresiones de este mes ..	2	51
---	---	----

Resto	51
-------------	----

Existen en mi poder cincuenta y un cuadernillos de papel.

Canelones, 28 de febrero de 1827.

José de la Puente.

IMPRESA DE LA PROVINCIA

Razón de los operarios que han trabajado en el mes presente

	Sueldos	Pesos
Don José de la Fuente, Encargado ..		100
" Carlos Salaverri, compositor y prensista		3 3
" Gregorio Videla, compositor		33
" Eugenio Quiroz, id.		25
" Francisco Parejas, id.		10
" José María Monteros, id.		4
" Agustín Castillos, batidor		18
" Mariano Roo, repartidor		13
" Cándido Piriz, aprendiz		—

		205 3

Gastos

Alquiler de la casa de la imprenta ..	12	
Cuatro cueros de pergamino	2	4
Hilo de cáñamo	2	
Una vara paño para la prensa	9	32 4
Por aceite	2	
Por luces	2	

MONTEVIDEO ANTIGUO

Por agua	2	4	
Por almidón		4	

Entradas en el presente mes			238 7
			28

Alcanza			210 7
Canelones, 28 de febrero de 1827.			
José de la Puente.			

V

Mutación completa en el escenario. En virtud de la Convención de Paz del año 28, la imperial gente se disponía a tocar retirada de la plaza, con el Barón de la Calera, y a entrar en ella la oriental por sus cabales, empezando por enarbolar el pabellón de las nueve listas en el Cabildo el 1º de enero del año 29.

Hasta entonces el Gobierno Provisorio del Estado funcionaba en Canelones, y allí también su imprenta, por la que se publicaba *en medio pliego El Constitucional* diariamente, con un sol al frente, redactado por el constituyente doctor Julián Alvarez. *El Chiquirritín* se vendía a *medio real* el número, teniendo el mérito de ser el primer diario publicado en esta bendita tierra.

El 12 de febrero se trasladaron a la Aguada el Gobierno Patrio y la Asamblea Legislativa y Constituyente del Estado. Siguió sus aguas la imprenta, que fue la última de las oficinas que emprendió viaje en dos carretas, viniendo a cargo de Francisco Parejas y José María Rosete, tipógrafo el uno y prensista el otro.

Mientras llegan a paso de buey a su destino, vamos, en alas de nuestros juveniles recuerdos,

hasta la Aguada a la novedad de la venida del Gobierno del general Rondeau, que no traía entorchados relumbrantes, sino un modesto traje.

Buscamos por allí la *casa rosada o el palacete* del Gobierno, como dirían ahora. ¡Qué palacete, ni qué huevos quimbos! Gracias a la casita de dos balconcitos de antigua usanza, de don Manuel Ocampo, que todavía se conserva frente a la capilla de la Aguada, que era entonces la humilde Casa de Gobierno, y que no pasamos delante de ella, después de 60 años, sin sacarnos el sombrero.

¿Y la sala de sesiones de la Legislatura? Era relativa. La capillita de la Aguada, con unas tres docenas de sillas de madera amarilla, y una mesa con carpeta verde. Y asimismo, con toda esa sencillez, donde tenían asiento los próceres de la independencia que infundían respeto, sobrepujaba al rancho histórico de la Florida, donde se hizo la valiente declaratoria de la independencia.

Vamos. Ya está prontita en las casas municipales la imprentita del Estado, y nuestro don José Lapuente dando sus disposiciones para que empiece a darle a los tipos, y recomience sus tareas interrumpidas *El Constitucional* de chiquitín formato, a fuer de consecuente con su madre.

El 10 de marzo reapareció, venciendo embarazos, y después de dar las razones de su eclipse transitorio, consignaba en su editorial estas frases:

“Tal ha sido la razón de tantos días de silencio. Es verdad que hay en esta plaza otras imprentas en mejor estado de servicio; pero preferimos continuar con la que empezamos, *por consecuencia*. Entre tanto, anunciamos que se hacen

diligencias para aumentar el tipo y el número de operarios, aunque uno y otro es preciso que vengan de afuera. También este ramo entra en el catálogo de las creaciones que hay que hacer, y sobre tener por este motivo, un justo título a la indulgencia los defectos tipográficos que puedan notarse, *servirán algún día para que podamos decir ¡LO QUE FUIMOS!*''

Tentados estábamos en un momento de entusiasmo criollo, de traspasar la línea antigua y espiigar en la moderna, diciendo con el presente: llegó ese día profetizado, en que comparando las cosas, podemos decir con satisfacción *lo que fuimos!* en punto a imprenta y periodismo, y lo que hemos llegado a ser con prensas mecánicas a retiración, movidas por máquinas a vapor ⁽¹⁾ y a gas, y el diablo a cuatro, sábanas de diarios, trabajos tipográficos de toda especie, que por su elegancia y nitidez, pueden competir con los mejorecitos de Europa.

Prueba al canto: los que han salido de las imprentas *Elzeviriana*, *Artística*, y algunas otras.

Pero eso sería salir de los límites del Montevideo Antiguo, y no queremos cargar con ese pecado sobre los que tendremos, y vamos a seguir con la vieja imprenta y sus periódicos.

Estábamos en la del Estado. La pobrecilla adquirió algunos tipos y estuvo en aptitud de dar a luz *El Universal*, de don Antonio Díaz, en 4o., desde el 28 de mayo, tres veces por semana, y en folio desde el 23 de junio del mismo año, en papel pe-

⁽¹⁾ El 3 de mayo de 1863 se inauguró en la imprenta *El Siglo*, por primera vez en este país, una prensa mecánica a retiración, movida por máquina a vapor, que podía tirar 2.400 ejemplares por hora.

gado con engrudo, y cuando se acababa la tinta de imprenta, allá se iba al dueño del *café del Agua sucia*, a que la fabricara para suplir la falta. Periódico al principio, diario después, tuvo vida hasta el año treinta y tantos, en imprenta propia, en que apareció la prensa de fierro, y se acabaron las lalas de piel de carnero y vinieron los cilindros.

Dejemos en paz a *La Gazeta*, al *Observador*, *Caduceo*, *Indicador* y tantos otros periódicos de la época, que campearon por sus respetos como *El Universal*, que ya estarán los benévololectores hastiados de imprenta.

A